



Explanada exterior del Castillo de Montalbán conocida como "Los Aproches"

sus respectivos ejércitos acudiesen a Montalbán a rescatarlos, y que cuando se enterasen, que fueran a pregonarlo a las ciudades más importantes de Castilla.

El infante don Juan, que estaba en Olmedo, sabía que el rey estaba asediado en el castillo de Montalbán mucho antes del miércoles 4 de diciembre que fue el día que recibió la carta del rey para avisarle de su situación. Cuando el mensajero llegó, estaban con el infante unos pocos nobles, como el adelantado de Castilla y su mayordomo mayor. Al día siguiente, llegaron a Olmedo Pedro de Estúñiga, Garcí Fernández Sarmiento adelantado de Galicia, Diego Pérez Sarmiento, repostero del rey e Iñigo de Zúñiga, mariscal del rey. Acordaron entre todos, ir a rescatar al monarca; así, partieron de Olmedo la mañana del jueves, 5 de diciembre.

El arzobispo de Toledo, Sancho de Rojas, estando en Alcalá de Henares, supo de la partida del rey desde Talavera a Montalbán. Así pues reunió su ejército que eran unos 400 hombres, y recibió la carta que le mandó el infante don Juan, informándole de la situación del joven monarca. Dicha carta, también la recibieron Pedro García de Herrera y Juan de Rojas, sobrinos del arzobispo entre otros caballeros. Así a los 4 días de preparar a sus hombres, se incorporaron al arzobispo 300 hombres más mandados por sus sobrinos, dispuestos para partir hacia el castillo.

El condestable don Ruy López Dávalos, decidió enviar a Talavera a un mensajero para avisar al infante que fuera a Montalbán y que viniera acompañado por la reina María, su esposa Catalina y todos los nobles de su partido que en Talavera quedaban, porque estaba en tratos con el rey para que se entregase, afirmación rotundamente falsa. Así, en la gélida tarde del domingo 1 de diciembre, la comitiva del infante don Enrique partió de Talavera hacia Montalbán. En Cebolla, hicieron noche y el lunes, pararon a comer en la Puebla, donde se quedaron la reina María, la infanta doña Catalina y los doctores del consejo, mientras

que el infante y los otros caballeros, se acercaron al sitio, donde pasaron la noche y acordó de continuar su asedio. En este día, llegó la cama del rey, que la dejaron introducir en el castillo, ya que en hasta entonces, en la vieja cama del alcaide era donde dormía el joven monarca. Antes de que los hombres metiesen la cama en el castillo, un repostero del rey, Ruy Fernández de Olmedo se las arregló para meter entre las mantas, unos panes para ayudar al escaso mantenimiento del monarca.

También, un portero del rey, llamado Juan Rodríguez de Toledo, intentó hacer lo mismo por su parte, pero con más audacia todavía, ya que se presentó en el sitio subido en una mula con la intención de hacer llegar a los que en el castillo estaban unos panes y un queso que llevaba en las rudas alforjas y en sus anchas mangas de la túnica que llevaba puesta. De esta manera se paseaba por todo el sitio, mirando con curiosidad lo que allí había y cuando observó que nadie le vigilaba, metió espuelas a la mula y se presentó en la puerta del castillo. Los de adentro, le abrieron y le dieron las gracias por su oportuno socorro.

Además, como aquellos ruegos que el rey envió a las villas y pueblos cercanos para que los lugareños le acercasen alimentos se iban conociendo cada vez más, bien por su voluntad o bien en contra de ella, un joven pastor que guardaba ganado por allí cerca se acercó al castillo como pudo, llevando escondida entre sus ropas una perdiz para ofrecérsela al rey. Cuando llegó a la puerta del castillo, pidió que le llevasen ante el propio Juan II, a lo que los súbditos del rey obedecieron y le presentaron ante el joven monarca. Una vez con él, el pastor le ofreció el succulento y apetitoso manjar, diciéndole: "Rey, toma esta perdiz" a lo que el rey le agradeció mucho.

En el castillo, aproximadamente se encontraban unas 70 personas y unos 25 caballos y mulas. Los que allí se encontraban, antes de la llegada del rey, trabajaban duro en las labores del castillo. A duras penas, algunos colmeneros al amanecer del sábado, trajeron algún que otro alimento pero insuficiente para abastecer a todos por igual ya que el pan iba escaseando, las fanegas de harina estaban agotadas y no había carne ni vino. A los que allí había sólo se les obligaba a dar cuatro trozos de pan para todo el día. Era una manutención muy pobre para alimentar a los que en la fortaleza estaban. Los hombres de la corte, no estaban acostumbrados a tales descomodidades, y viendo al rey sufrirlas con tanta entereza como el primero, nadie se podía quejar y decididos a sostenerse, sólo pensaban en los medios de alimentarse como fuera. Así, el frío lunes, 2 de diciembre, para que no murieran de hambre, se acordó sacrificar algunos de los caballos. En un acto de valentía y de sangre fría, el rey mandó que el primer caballo que se matara fuera el suyo, Salvador, el valeroso caballo que le acompañó desde Tordesillas y gracias al cual escapó de don Enrique. Una vez consumida la mollicia carne de éste, mataron a otros dos lustrosos caballos más; así la gente pudo mantenerse el resto de los días que duró el asedio y además de la carne, se aprovechó el cuero, que fue adobado y curtido para fabricar zapatos nuevos, ya que los que llevaban estaban muy deteriorados.

En este día, el obispo de Segovia, don Juan de Tordesillas, por su propia voluntad o mandado por el infante, entró en el castillo y habló con el joven monarca. Sus palabras fueron:

L a mayor autoridad de los reyes consiste, señor, en las acciones propias, tan independiente, que nadie es bastante á disminuirla, si no ella propia: de donde nace mayor obligación de advertirse. V uestra A lteza se vino de Talavera con muestras de desagrado á encerrar en este castillo. N adie creerá, ni es creíble, que acción tan desautorizada nació de la soberana libertad de un rey, sino de algún mal advertido consejo, que mal afecto á las cosas del infante don Enrique de A ragón, vuestro primo, consejero y vasallo, muy fiel, ha querido desacreditarle con el reino, sin